

GUERRA DEL PACIFICO.

ANALISIS ESTRATEGICO*

Víctor Larenas Quijada
Contraalmirante

III. DESARROLLO DE LA GUERRA

C. CAMPAÑA DE TACNA Y ARICA

1. Objetivos estratégicos

- Chilenos. La retirada de sus fuerzas desde Tarapacá hacia Tacna permitió a los aliados pensar que sería factible continuar la guerra. Así, se imponía para Chile obtener los siguientes objetivos:

Político. Disolución de la Alianza, para imponer exigencias de paz a cada país por separado.

Estratégico. Aniquilamiento de las fuerzas adversarias mediante una batalla decisiva y el aislamiento.

- Peruanos. Después de la poco afortunada campaña de Tarapacá, Perú y Bolivia cambiaron a sus gobernantes mediante golpes de Estado. Los nuevos dirigentes políticos, De Piérola y Campero, resolvieron continuar la guerra. ¿Cuál pudo ser el objetivo que motivó esa resolución?

Es difícil determinarlo precisamente ya que no existen antecedentes concretos. Pudo ser para impedir nuevas conquistas territoriales por parte de Chile, o uno más ambicioso que considerara la recuperación de lo ya perdido. En cualesquiera de los dos casos el objetivo estratégico que tendría que satisfacerlos no podía ser otro que alcanzar una victoria decisiva sobre las fuerzas chilenas, o al menos de tal magnitud que frenara los ímpetus ofensivos de éstas.

2. Planes para la continuación de la guerra

- Chilenos. Al término de la campaña de Tarapacá la opinión chilena sobre la continuación de la guerra se dividió en dos corrientes: una que deseaba atacar de inmediato directamente sobre Lima, y otra que estimaba imprescindible, antes de atacar el centro peruano, destruir las fuerzas militares que aún mantenían en la región sur.

Bien pronto se comprendió que, dadas las circunstancias bélicas que se vislumbraban, no era posible una acción directa inmediata hacia Lima. Indudablemente, de tener buen éxito podría significar una victoria final más rápida, pero esa misma victoria resultaba mucho más improbable. Fundamentalmente, quedaría siempre pendiente el problema boliviano a la espalda del dispositivo; fuerzas de esa nacionalidad continuarían combatiendo en la región sur peruana, con lo cual el Ejército chileno tendría que dividirse para operar por separado en contra de sus dos adversarios.

El Gobierno propiciaba una ofensiva directa sobre Lima, pero buscando inicialmente atraer a Bolivia hacia el lado chileno, mediante la cesión de territorios en Tacna y Moquegua.

Finalmente, el 8 de diciembre de 1879, el ministro Sotomayor recibió la resolución del Gobierno, que consistía en realizar una nueva campaña sobre Tacna y Arica para aniquilar a las fuerzas aliadas de esa zona y crear, de esta manera, una situación político-estratégica favorable para entablar negociaciones directas con Bolivia. Las operaciones debían iniciarse en Moquegua, previo a un transporte marítimo de tropas.

- Aliados. No se puede decir concretamente que los aliados hubieran elaborado planes específicos para hacer frente a la nueva invasión chilena.

En un tiempo existió la idea de operar ofensivamente contra las fuerzas chilenas desembarcadas desde Arequipa y desde Tacna, pero ello no llegó a materializarse.

Cuando el Ejército chileno avanzaba hacia Tacna por escalones se propuso al

mando peruano del Ejército del Sur efectuar un ataque sorpresivo sobre las fuerzas chilenas, separadas en tiempo y en espacio; sin embargo, se desaprovechó esa oportunidad, que tal vez bien ejecutada pudo tener un relativo buen éxito.

Posteriormente, la idea operativa central aliada fue la de organizarse defensivamente en Tacna para cerrar el paso de las fuerzas enemigas hacia Arica.

3. Situación militar de los beligerantes

- Chilena. El General Erasmo Escala se mantenía como Comandante en Jefe del Ejército, cargo al que luego renunció. Se reorganizó al Ejército en cuatro divisiones de infantería y se colocó toda la caballería bajo el mando directo del General Manuel Baquedano.

Las unidades operativas creadas quedaron completas con sus elementos de informaciones, de combate y de apoyo. Estas unidades fueron las siguientes:

— I División, 5.600 hombres, concentrada en Jazpampa;

— II División, 4.050 hombres, concentrada en San Antonio (sureste de Iquique);

— III División, 3.450 hombres, concentrada en Dolores;

— IV División, 3.400 hombres, concentrada en Santa Catalina.

Para mantener la ocupación de Tarapacá y proteger el flanco este de una posible ocupación boliviana, se organizó

un Ejército de Reserva con 3.500 hombres, al mando del General Villagrán.

La Armada contaba con las mismas fuerzas de la campaña anterior, más la *Pilcomayo*, capturada el 18 de noviembre de 1879, y el *Huáscar*, que había sido reacondicionado. Además, tenía una capacidad de transporte marítimo para un total de 7.500 hombres y 850 caballos, lo que permitía transportar un 50% del Ejército en campaña; su Escuadra ejercía el dominio del mar sin ningún contrapeso y Perú no había logrado rehacer la suya.

- Peruana. El dictador Nicolás de Piérola organizó cuatro Ejércitos para continuar la guerra: dos en el sur, uno en el centro y otro en el norte. De ellos, sólo los del sur contaban con fuerzas efectivas; los del centro y del norte estaban en proceso de movilización y no se podría operar con ellos antes de cinco o seis meses. Los dos ejércitos del sur, más las fuerzas bolivianas, quedaron bajo el mando del Contraalmirante Montero, quien se vio muy limitado en sus atribuciones por temor a que De Piérola encontrara en él un rival político.

- Boliviana. Las fuerzas bolivianas en campaña se encontraban en Tacna, al mando del Coronel Camacho. Este jefe tenía permanentemente serias dificultades con Montero, quien por común acuerdo de los gobernantes del Perú y Bolivia había sido designado Comandante en Jefe del Ejército Aliado en Campaña, que sumaba un total de 5.000 hombres.

4. Bloqueo de Arica y del Callao

El objeto del bloqueo desde Arica hasta Mollendo fue impedir la entrada de pertrechos bélicos para el Ejército peruano que guarnecía la plaza de Arica; además

se mantuvo vigilancia de la costa septentrional del Perú, con el propósito de impedir el tráfico e introducción de contrabando de guerra que los aliados importaban por la vía de Panamá. El objeto principal de esa operación era evitar que el Ejército aliado recibiera refuerzos del norte; el objeto secundario era proporcionar datos sobre la situación del enemigo mientras se organizaba el ejército chileno y partía la nueva campaña.

Mientras la Escuadra era empleada en infructuosos cruceros al norte del Perú o en expediciones de menor importancia, se encargaba el importante bloqueo de Arica a un solo buque de guerra y de un andar muy reducido: el *Huáscar*.

Durante la noche del 16 de marzo la *Unión* –aprovechando esta circunstancia– forza el bloqueo y entra al puerto de Arica. No obstante hallarse embotellada por el *Huáscar* –que casualmente había sido reforzado con el *Cochrane* y la *Amazonas*– la *Unión* logró escapar de Arica al día siguiente, aprovechando que había reunión de comandantes a bordo del *Cochrane* y que la *Amazonas* hizo abandono transitorio de su puesto en el bloqueo para acercarse al *Cochrane* a recibir a su comandante, que no podía llegar en chalupa por el mal estado del mar. Este hecho causó en el país una profunda impresión de desaliento.

La entrada de la *Unión* a Arica y su posterior fuga de ese puerto, burlando el bloqueo de buques más poderosos que la cañonearon ineficazmente, trajo una innovación de trascendencia en nuestras operaciones navales. A consecuencia de este golpe de audacia se acordó el bloqueo del Callao, que fue iniciado el 10 de abril de 1880 y no se levantó sino hasta 1881.

Este pesado bloqueo duró hasta que el Ejército chileno terminó por completo su desembarco en Curayaco, Cruz de Palo y Lurín; a esta operación cooperó eficazmente parte de la Escuadra, que sostuvo la escolta del Ejército desde Arica, como asimismo las batallas que dieron por resultado la toma de Lima y la ocupación por el Ejército chileno de casi todo el litoral peruano.

Crítica al bloqueo del Callao:

Después de la conquista de Tarapacá, la primera exigencia de la situación estratégica en ese compás de espera debió haber sido el bloqueo del Callao, para apremiar al adversario a través de su puerto principal. El no establecerlo oportunamente trajo por consecuencia que el enemigo pudo distribuir toda clase de recursos, desde ese puerto a otras partes del teatro de la guerra.

5. Las operaciones hasta el combate de Los Angeles

El Ejército se trasladó hacia Ilo en dos escalones; el primero, compuesto por la I, II y III Divisiones, inició el desplazamiento entre el 18 y el 22 de febrero, desembarcando las primeras fuerzas el 25 del mismo mes.

El 1º de marzo se inició el traslado del segundo escalón, compuesto por la IV División y la mayoría de los bastimentos, terminándose el 8, fecha en la que todo el Ejército en campaña quedó establecido en los alrededores de Ilo.

Durante todo el período de desembarco no hubo oposición aliada. ¿Qué hacía el General encargado de la defensa del departamento de Moquegua? El Almi-

rante Montero –General en Jefe del Ejército Aliado de Tacna y Arica– se encontraba en la imposibilidad de impedir las operaciones, porque teniendo Chile el dominio del mar elegía y variaba a voluntad el punto de desembarco. Si los buques chilenos hubieran encontrado resistencia en Ilo habrían podido dirigirse a Sama o a cualquier otro lugar de la costa, y Montero no lo hubiera podido impedir. La pérdida del poder naval le significaba al Perú una seria interferencia en la realización de su defensa. El punto elegido para iniciar las operaciones reunía condiciones muy ventajosas:

— Era cabeza de un ferrocarril de penetración que llegaba a Moquegua, al pie de la cordillera;

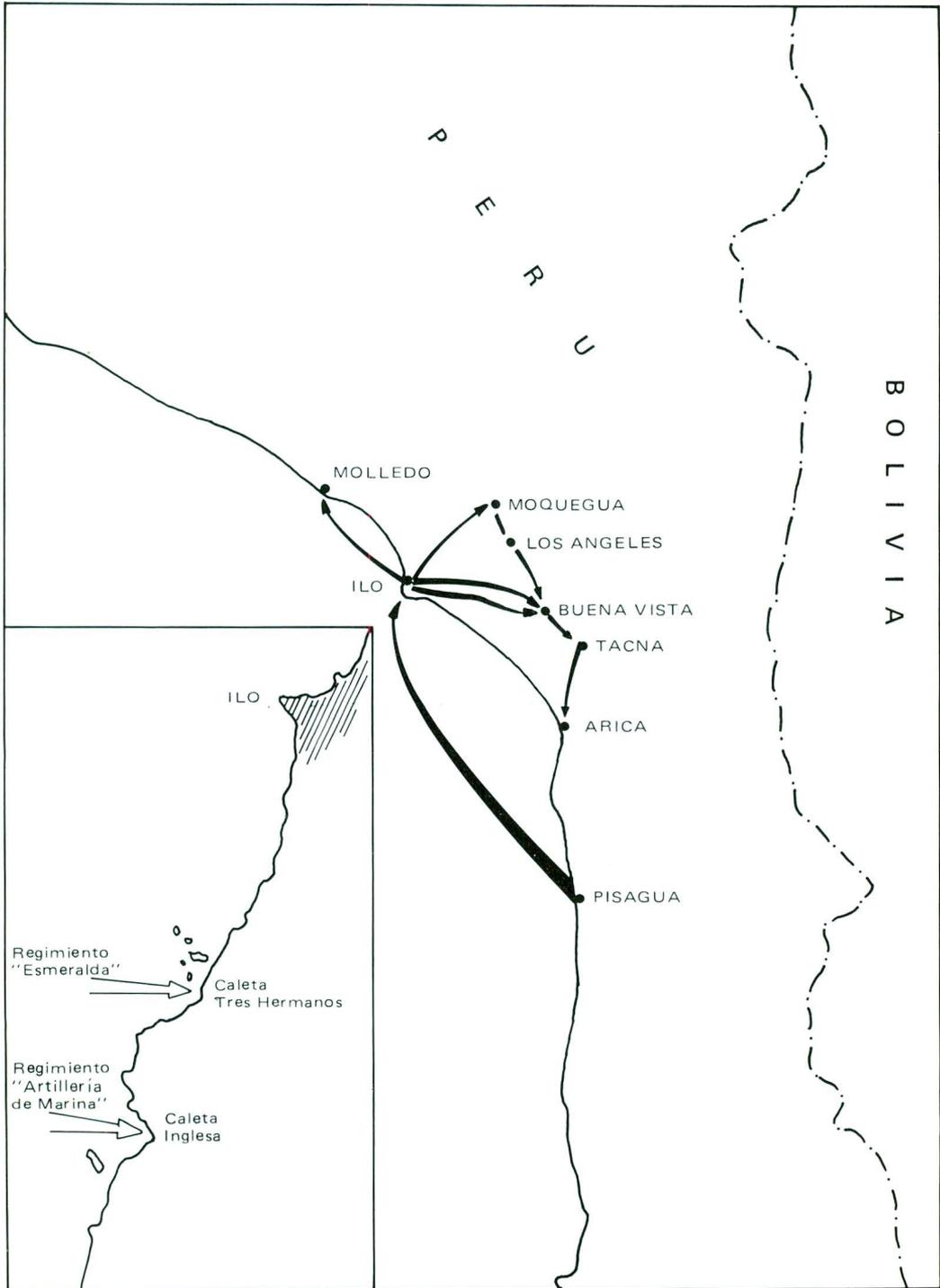
— Tenía el agua abundante de un río inmediato;

— Se esperaba encontrar forraje en el valle, librando a la administración militar del enorme trabajo logístico de la movilización del pasto seco y de la cebada para las bestias;

— El puerto de Ilo proporcionaba a los soldados, hastiados del desierto, lugares con vegetación abundante, con agua corriente, verduras y frutas.

Ante numerosas informaciones que llegaron al ministro Sotomayor, en las cuales quedaba de manifiesto que el Ejército Aliado del sur no avanzaría sobre Ilo, sino que esperaría en la zona Tacna-Arica, se resolvió definitivamente una ofensiva chilena en base a las siguientes acciones:

— Destacar una fuerza para conquistar Moquegua e impedir que nuevas fuerzas aliadas, y especialmente el 2º Ejército



DESEMBARCO EN ILO.
INICIACION CAMPAÑA DE TACNA Y ARICA

del sur (de Arequipa), pudieran atacar la espalda chilena en su avance hacia Tacna;

— Transportar por mar parte de las fuerzas y la mayor cantidad de los bastimentos hacia el puerto de Ilo, para iniciar con ellas el avance sobre Tacna por la costa y para establecer en ese lugar una base auxiliar de operaciones que permitiera abastecer en mejor forma al Ejército;

— Marchar por tierra hacia Tacna, en dos columnas, por la carretera principal y por la de la costa, para alcanzar una zona de concentración cercana a Tacna;

— Destacar una fuerza para atacar el puerto de Mollendo, a fin de destruir sus instalaciones portuarias e inhabilitarlo para la descarga de bastimentos o fuerzas y para entorpecer la movilización de nuevas fuerzas peruanas en la zona.

El 9 de marzo desembarcó la fuerza chilena en Mollendo, casi sin oposición peruana. La columna defensiva peruana se retiró hacia Arequipa, dejando el puerto libre a los invasores.

La sorpresa de la operación fracasó, pues los habitantes del puerto habían tenido aviso oportuno de la operación y la guarnición se había retirado a una estación cercana, llevando consigo los carros y locomotoras del ferrocarril.

El Coronel Barbosa, al mando de la expedición, dejó la mayor parte de sus tropas en Mollendo, para cumplir con los objetivos de su misión, y realizó un reconocimiento hacia Arequipa con una columna de 500 hombres. Sin embargo, se vio contenido por fuerzas peruanas destacadas desde Arequipa, ante las cuales se retiró hacia Mollendo sin ser perseguido.

Si bien no logró destruir a las fuerzas de Mollendo alcanzó la finalidad de distraer la atención de las fuerzas peruanas de Arequipa, obligándolas a dispersar sus fuerzas y enviar parte de ellas hacia la costa para obstruir la progresión chilena hacia el interior. En esta forma contribuyó a impedir que las fuerzas de Arequipa concurrieran hacia el sur para oponerse a las operaciones de las fuerzas principales chilenas.

El comando chileno se convenció, al fin, de que sería inútil esperar en Ilo la ofensiva del Ejército Aliado del departamento de Moquegua. Resolvió avanzar sobre Arica y Tacna con la intención de provocar al Almirante Montero a tomar la ofensiva, pero se vio obligado a postergar el avance de la totalidad del Ejército a causa de los servicios de abastecimiento todavía defectuosos, a pesar de las violentas protestas de la opinión pública del país.

Entonces se resolvió ocupar Moquegua con una división que debía adelantar su caballería en dirección a los valles de Locumba y Sama, hasta los alrededores de Tacna. 4.300 hombres, al mando del General Baquedano, iniciaron la aproximación hacia Moquegua con la misión de destruir las fuerzas aliadas de la localidad.

En conocimiento el Coronel Gamarra de la potencia de la columna chilena, decidió evitar el combate en las cercanías de Moquegua debido a las deficientes condiciones del terreno para enfrentar a fuerzas superiores, y se retiró a tomar una posición defensiva en la cuesta de Los Angeles, en el camino hacia Torata y a unos tres o cuatro kilómetros de la ciudad.

Para cumplir su misión de aniquilar a las fuerzas peruanas, el General Baquedano resolvió atacar sus posiciones de la

cuesta de Los Angeles, una vez conquistada y ocupada la ciudad de Moquegua. La marcha de aproximación a esta excepcional posición defensiva se inició al oscurecer del 21 de marzo, y el ataque al amanecer del día 22 fue cumplido exactamente en todas sus partes. A las 7:15 la bandera tricolor flameaba en lo más alto del campo de batalla.

El Coronel peruano Carlos Dellepiane expresa: El atacante se condujo atinadamente; realiza sus desplazamientos en la noche, burlando así las facilidades de observación que tiene el que ocupa la altura; los reconocimientos minuciosos efectuados la víspera le habían permitido conocer el punto débil de la defensa; buscó la sorpresa, factor esencial del éxito, tomando su dispositivo en la obscuridad, de tal modo que en la madrugada se produjo el asalto con todas las probabilidades favorables.

La División Baquedano estaba ahora en situación de proteger eficazmente la línea de operaciones del propio Ejército y había cortado la comunicación entre los dos Ejércitos del adversario. En consecuencia, la situación era grave en el sur para los aliados, y si no vencían al adversario chileno estaban perdidos.

6. Otras operaciones navales

Liberada ya de su misión de proteger el transporte del Ejército, la Escuadra entró a intensificar sus actividades. Mantuvo el bloqueo de los puertos por los cuales podría ser abastecido el Ejército Aliado del sur, logrando así el aislamiento casi total del teatro de operaciones terrestres, lo que significó un gran impacto material y especialmente moral, tanto en las tropas como en las poblaciones civiles.

Atacó el puerto del Callao y otros puertos de la región central peruana, afectando a las embarcaciones que se encontraban en ellos, con lo cual se contribuyó aún más a mantener el aislamiento de la región sur, ya que si bien la vía marítima no era la única forma de comunicación era la más rápida y de mayor capacidad.

Estas acciones de la Escuadra no solamente causaron un evidente perjuicio al desarrollo de las operaciones militares aliadas, sino que también dificultaron enormemente el comercio exterior peruano, en una época en la cual era muy necesario para financiar el costo de la guerra y para el incremento indispensable de su potencial bélico.

La Escuadra chilena ejerció sin ningún contrapeso el dominio del mar, y así como impidió casi totalmente las comunicaciones marítimas enemigas mantuvo permanentemente las propias, lo que permitió que el Ejército chileno pudiera contar en forma oportuna y expedita con la satisfacción de todas sus necesidades de personal, material e incluso ganado.

7. Batalla de Tacna

Las relaciones entre el ministro Sotomayor y el General Escala y entre éste y su Jefe de Estado Mayor –Coronel Pedro Lagos– eran bastante tirantes. Sotomayor había llamado a José Francisco Vergara a fin de que le sirviera, ante el General en Jefe, en la preparación del plan de operaciones para la campaña sobre Tacna y Arica. El General Escala se resintió profundamente con esta insólita resolución del ministro; apoyándose en la Ordenanza General del Ejército alegaba, con toda razón, que aquella atribución era exclusiva de sus funciones. El ministro, por su parte,

sostenía que: “él, como representante del Gobierno, estaba autorizado para adoptar las medidas que omitía el General en Jefe” y que alguien debía velar por que el Ejército tuviera –en las marchas– víveres, agua, ropa, calzado, municiones, etc.

El General Escala renunció a su puesto de Comandante en Jefe del Ejército y su Jefe de Estado Mayor tomó una actitud similar. Sotomayor aceptó la renuncia de Escala, designando como nuevo Comandante en Jefe al General Manuel

Baquedano y como Jefe de Estado Mayor al Coronel Velásquez; no aceptó la renuncia del Coronel Lagos debido al prestigio que tenía en el Ejército, y le dio una División.

Ante las grandes dificultades que significaba un desplazamiento a pie de la totalidad de las fuerzas hacia Tacna, se dispuso que la IV División, toda la artillería y gran parte de los elementos logísticos, se reembarcaran en Ilo para ser transportados por mar hacia el puerto de Ite.



ORELLA SUBIENDO LA ARTILLERIA EN ITE.
(Acuarela de Pedro Subercaseaux)

Por otra parte, las malas condiciones sanitarias del valle de Moquegua tuvieron un enorme efecto sobre las tropas chilenas; numerosas bajas por las fiebres intermitentes, que debieron ser trasladadas a hospitales de Iquique, Pisagua y Antofagasta. Para evitar la continuación de este efecto, que reducía la potencialidad del Ejército y obligaba a traer numerosos reemplazos sin gran instrucción y entrenamiento, se trasladó la zona de concentración hacia Hospicio.

El Ejército se desplazó a la nueva zona de concentración, Buena Vista, que había sido elegida por el Coronel Vergara en un reconocimiento previo destacado el 7 de abril. Las fuerzas se movilizaron desde Ilo, Moquegua e Iquique; estas últimas del Ejército de Reserva.

El 20 de mayo, en Buena Vista, el ministro sufrió un ataque de apoplejía fulminante, que le causó la muerte. El Gobierno trató de crear un triunvirato compuesto por Baquedano, Velásquez y Vergara; en la práctica, el General Baquedano, sin discutir siquiera las exigencias presidenciales, asumió el mando en forma normal y total.

Los roces y fricciones entre el Comandante en Jefe del Ejército Aliado –Contraalmirante Montero– y el Comandante de las Fuerzas bolivianas –Coronel Camacho– provocaron varias dificultades. Ante ellas, el General Narciso Campero llegó a Tacna el 19 de abril, y en virtud al Tratado Secreto de Alianza asumió el mando de las fuerzas conjuntas.

Este tratado especificaba que el mando de las fuerzas conjuntas correspondería al Presidente en cuyo territorio operaban, pero a falta de éste al de la fuerza aliada que estuviera presente. Los

planes de la Alianza, después de un intercambio de muchas opiniones, consistieron en adoptar una posición defensiva en el cerro Intiarco, ocho kilómetros al noroeste de Tacna.

La posición misma tenía un frente de 2,5 a 3 kilómetros, aproximadamente, y se habían construido algunas obras de fortificación de campaña, ligeras y sin mucha resistencia.

Aunque no se pretende hacer una descripción de la batalla por cuanto ella es parte de la táctica, es conveniente dejar aquí en claro cómo se gestaron las posibilidades de ataque chileno a la posición defensiva aliada, ya que se ha pretendido criticar al General Baquedano por la simpleza de efectuar un ataque frontal, que en ese momento era lo más conveniente.

El 22 de mayo el General Baquedano efectuó un reconocimiento en fuerza de la posición aliada. De este reconocimiento se obtuvo un cuadro claro del enemigo, de sus aspectos ventajosos y de sus vulnerabilidades, presentándose dos posibilidades para realizar el ataque sobre las fuerzas aliadas:

1. El Coronel Vergara proponía un envolvimiento de la posición aliada por su flanco derecho. Aducía que en esta forma se lograría un aniquilamiento más efectivo;

2. El Coronel Velásquez, Jefe del Estado Mayor, propuso realizar un ataque frontal sobre la posición enemiga. Sus razones eran las siguientes:

— El frente enemigo era muy extenso, por lo cual tenía muy poca profundidad; luego, podría realizarse un rompimiento frontal sin dificultad;

— En el frente no existían obstáculos que pudieran dificultar la acción;

— Un envolvimiento requería de una preparación previa con una demora de un día más, y dadas las características sería muy difícil de ocultar al enemigo, con lo cual éste podría tomar oportunas contra-medidas;

— El envolvimiento por el ala derecha aliada empujaría a éstos hacia una línea de retirada en dirección a Arica, que era precisamente lo que se quería evitar. Además, las fuerzas envolventes quedarían, a su vez, con su propia espalda expuesta a una acción aliada desde la ciudad de Tacna.

El General Baquedano aprobó la proposición del Coronel Velásquez, considerando que la demora de un día en el ataque podría terminar con la provisión de agua, sin posibilidad de reponerla antes de conseguir este vital elemento.

Consecuencias de la batalla

- De orden táctico

— Los aliados perdieron, entre heridos, muertos y prisioneros, más de 5.000 hombres;

— Las derrotadas fuerzas bolivianas, al mando del General Campero, se retiraron hacia Bolivia.

— El Almirante Montero pudo reunir parte de los dispersos peruanos en Torata, retirándose con ellos hacia Puno. Otra parte de ellos llegó a Arica para refugiarse en ese fuerte.

- De orden estratégico

— El Ejército Aliado (1.er Ejército peruano del sur y el Ejército boliviano) había dejado de existir. De él quedaban en este teatro de operaciones sólo las dos divisiones peruanas que formaban la guarnición de Arica;

— Aun cuando no se podía conocer inmediatamente el porvenir de la Alianza, los sucesos posteriores probaron que el Ejército boliviano no habría de volver más a los campos de batalla. Es decir, la alianza peruano-boliviana estaba prácticamente disuelta.

8. Asalto y toma de Arica

Inmediatamente después de la batalla de Tacna, cerciorado Baquedano de que la Alianza no conservaba de su antiguo Ejército sino pequeños restos dispersos, resolvió la conquista de Arica para no dejar este peligro a su espalda cuando avanzara hacia Lima.

No convenía postergar esta acción, pues si se advierten los escasos medios de transporte con que contaba el Ejército, la extensa línea de comunicaciones hacia Ilo e Ite era un gran inconveniente en razón de su vulnerabilidad. Más aún. La presencia del 2º Ejército peruano del sur (Coronel Leiva) en Arequipa, con fracciones adelantadas desde el 28 de mayo en Moquegua, constituía una amenaza para la seguridad de estas comunicaciones.

Capturada Arica se establecería en ella una base de operaciones y la División naval ocupada en su bloqueo quedaría libre para ser empleada en otros sectores del teatro, pudiendo utilizar el puerto de Arica como base adelantada de operaciones.

Resuelto el asalto, fue designado el Coronel Pedro Lagos como el comandante que habría de dirigirlo.

Desde que la guerra con Chile fue inevitable, Prado había concentrado sus esfuerzos en crear una base de operaciones para la Escuadra peruana en Arica. Desde el punto de vista militar la plaza era de fácil defensa.

Arica, transformada en una plaza fuerte, dominaba las comunicaciones terrestres entre Iquique y Tacna. Además constituía una adecuada base para las fu-

turas operaciones navales chilenas hacia El Callao. Baquedano necesitaba reanudar de inmediato las comunicaciones con la Escuadra para el aprovisionamiento del Ejército, que sólo podía establecerse en este puerto.

El Coronel Bolognesi era el comandante de la plaza y disponía de aproximadamente 1.500 infantes y 500 artilleros, además de la tripulación del blindado *Manco Cápac*. Durante cerca de un año se había trabajado para hacer del puerto una fortaleza inexpugnable.



MANUEL THOMSON PORTO MARIÑO
VALPARAISO 1839 – ARICA 1880

La parte norte de la ciudad estaba defendida por tres fuertes; el *Manco Cápac* podía apoyarlos con su artillería. La parte sur estaba cerrada por el Morro y dos fuertes, y la parte este tenía una línea de trincheras que unía a dos fuertes.

Conclusiones de la toma de Arica

El desarrollo del asalto y toma del Morro de Arica es sobradamente conocido por todos, además que su relato no tiene cabida en esta exposición. Podemos decir solamente que ella tiene una especial figuración en la historia de la guerra, debido a que:

— Con ella terminó la resistencia peruana en la región sur;

— Arica era una plaza fuerte que se estimaba inexpugnable y cuyas defensas habían sido preparadas cuidadosamente por cerca de un año;

— Fue una acción típicamente de infantería, en la cual no se dejó sentir el poder de armas de fuego sino que se impuso el valor personal, la resistencia física y el deseo de vencer de cada combatiente individual.

La Escuadra proporcionó el fuego de apoyo naval a la operación.

Esta campaña es tal vez la más gloriosa de la Guerra del Pacífico. Fue un gran esfuerzo administrativo dominar el desierto desde Ilo a Tacna y hacer marchar por él a 14.000 hombres, encontrando en su oportunidad el alimento, la bebida, la leña, las municiones, etc. Todo fue bien planeado.

La marcha a Moquegua y el combate de los Angeles obedecen a la necesidad de cubrir la retaguardia de los Ejércitos en marcha.

La concentración en Locumba se hizo en hora oportuna y con bastante precisión.

La guarnición de Ilo quedó custodiando la costa de la zona; tenía los buques necesarios para embarcarse si era amagada por fuerzas superiores.

Se afianza la autoridad militar; Baquedano asume solo la responsabilidad de las operaciones a la muerte de Sotomayor y hace suyo el desenlace de Tacna y Arica. La parte militar es dirigida con resolución.

La acción del Gobierno fue ahora más eficaz, como cooperación en el plano político.

D. CAMPAÑA DE LIMA

1. Interferencias políticas en la conducción estratégica

Desde el término de la campaña de Tacna y Arica, la política interna tuvo una serie de interferencias en la preparación de la continuación de la guerra.

Las causas más notorias que motivaron tales interferencias fueron las siguientes:

a. Proximidad de elecciones presidenciales. El candidato oficial era el ministro Santa María y el único rival peligroso que éste podría tener sería un General victorioso; luego, al Gobierno no le convenía

políticamente que alguno de sus Generales pudiera lograr un sólido prestigio nacional. Como el General Baquedano ya se había destacado en forma concluyente en la última campaña, en las esferas políticas se pensaba poner sobre él un ministro en Campaña que opacara públicamente sus actuaciones;

b. La continuación o término de la guerra se miraba más por las exigencias del momento político que se vivía que por las reales necesidades nacionales. Al respecto, las opiniones políticas internas tuvieron gran peso en las indecisiones gubernamentales;

c. José Francisco Vergara, de conocida actuación anterior y estrechamente vinculado al Gobierno, en su calidad de ministro de Guerra y Marina y ministro en Campaña trató posteriormente de imponer sus opiniones, pero no tenía la capacidad del ex ministro Sotomayor ni el General Baquedano aceptaba pasivamente las interferencias en el mando militar.

Las principales consecuencias de estas interferencias fueron:

— Tardanza en la determinación de un objetivo claro para la continuación de la guerra;

— Gran retardo en la completación de las necesidades de dotaciones, armamentos y equipos del nuevo Ejército en campaña;

— Exagerada demora en iniciar la nueva campaña, con lo cual se dio tiempo al Gobierno peruano para reorganizar fuerzas;

— Dificultades en la planificación de la nueva campaña, ya que no se tenía una

idea bien determinada de lo que con ella se buscaba.

2. Panorama político internacional

Mientras Chile y Perú hacían sus preparativos para decidir la contienda, las potencias extranjeras pretendieron intervenir en su desenlace.

Después de una tentativa en este sentido —en mayo de 1879— por parte de Inglaterra y Francia, y frustrada por Bismarck —Canciller del Imperio alemán— las potencias ofrecieron su mediación diplomática sin resultados positivos.

Estados Unidos ofreció también sus buenos oficios. Chile creyó erradamente que sus adversarios aceptarían en principio las condiciones de paz que les impondría (cesión de Tarapacá y Antofagasta), y los aliados —por su parte— imaginaban exigencias desmesuradas y acción compulsiva de los norteamericanos. Las conversaciones comenzaron el 22 de octubre de 1880 y se realizaron en Arica (Conferencias de Arica), a bordo de la corbeta *Lackawanna*, terminando en un completo fracaso.

Un nuevo intento de intervención por parte de Inglaterra, en diciembre de 1880, no pasó más allá a raíz de la oposición del Canciller de Alemania. Este declaró con firmeza que las potencias europeas y norteamericanas no tenían derecho alguno a pretender el desconocimiento de la victoria legítima de Chile.

Entre tanto, Argentina observaba el desarrollo de la guerra con especial interés. Estaba resuelta a aprovechar cualquiera oportunidad para ganar su pleito con Chile en el problema de la Patagonia y el Estrecho de Magallanes, aun a mano armada y aliada a Bolivia y Perú.

Dos circunstancias bastaron para hacerle desistir de su intervención:

1. Las repetidas victorias chilenas;
2. El temor al Brasil, su gigantesco vecino del norte.

El Imperio del Brasil guardaba para con los beligerantes la neutralidad correspondiente, pero no cabía duda de que las simpatías del emperador don Pedro II, de los políticos prominentes y del pueblo en general, estaban a favor de nuestra patria.

El 18 de noviembre de 1880, Argentina propuso al Brasil una acción conjunta para renovar la tentativa de mediación que acababa de fracasar en Arica. Sin rechazar decididamente la proposición argentina, la Cancillería del Brasil optó por eludir su pronunciamiento, como manera de exteriorizar su deseo de no inmiscuirse en la contienda en perjuicio de los intereses de Chile. Con ello, las gestiones argentinas quedaron paralizadas.

Terminada la campaña de Tacna y Arica (Moquegua), Lynch —que continuaba de Jefe Político de Tarapacá— concibió la idea de una gran expedición de merodeo a los valles azucareros del Perú. El presidente Pinto aceptó la sugerencia y con fecha 24 de agosto el ministro de Guerra José Francisco Vergara dictaba al respecto las siguientes instrucciones:

— Recorrer los puertos peruanos de norte a sur, empezando por Paita y concluyendo por Quilca, en el departamento de Arequipa, e internarse en los valles que cortan de cordillera al mar el territorio peruano, cuidando de no alejarse demasiado de la costa para no exponerse a una sorpresa;

— Imponer contribuciones a las propiedades particulares y destruir los ferrocarriles;

— Cobrar las contribuciones (cupos) de guerra con todo rigor, en dinero o en especies, bajo pena de destruir la propiedad del que se negara a satisfacerlas;

— Respetar los bienes de los extranjeros neutrales, pero sometiendo a todo el rigor de la guerra a los que se prestasen a encubrir las propiedades peruanas.

La comisión necesitaba un hombre de condiciones especialísimas, y con dificultad se habría encontrado otro más apropiado que Lynch. Su designación salvó a la república de una serie de conflictos que pudieron convertirse en serios inconvenientes para la continuación de la campaña.

La expedición partió de Arica el 4 de septiembre, a bordo de los transportes *Itata* y *Copiapó*, estando integrada por el Regimiento Buin, los Batallones Talca y Colchagua, un Escuadrón de Caballería, una batería de artillería y una sección de Ingenieros. La expedición estuvo de regreso en Arica el 10 de noviembre.

Lynch recorrió en dos meses de campaña la mitad de la costa peruana, obligando al Gobierno de Lima a mantener su atención en los sucesos que se desarrollaban en el norte, mientras en el sur el Ejército chileno se aprestaba cuidadosamente para dar el golpe decisivo sobre la capital del Perú.

Con la firmeza de su proceder y la sagacidad que le distinguió, pudo Lynch desarmar fácilmente la tormenta internacional que amenazaba caer sobre sus hombros. El intercambio de notas que mantuvo con el Cuerpo Diplomático acreditado

en el Perú puede citarse como un modelo por la corrección de su forma y por el ilustrado y fino criterio que las inspiró.

Así como el gobierno de Tarapacá demostró al hábil administrador, la expedición al norte del Perú lo reveló un gran jefe – experto, previsor, audaz – y un consumado diplomático.

Esta expedición acarreó dos consecuencias contradictorias:

1. Demostró la extraordinaria capacidad de Lynch; y

2. Las reclamaciones en el frente diplomático; éstas, hábilmente esquivadas por él mismo, despertaron violentas antipatías extranjeras contra Chile y exacerbaron la voluntad de los peruanos de luchar hasta el aniquilamiento completo.

En cuanto a la situación peruano-boliviana, el dictador peruano De Piérola trató de levantar el potencial del país para poder continuar la guerra.

Su diplomacia logró una neutralidad benévola de parte de Colombia y Ecuador, países que le permitieron el paso de armamentos por sus territorios, burlando el bloqueo marítimo que mantenía la Escuadra chilena.

La alianza que se trató de buscar con Argentina sólo tuvo un buen éxito inicial, pues no llegó a materializarse debido a la intervención brasileña a favor de Chile.

Se aumentó considerablemente la conscripción militar, con lo cual el Ejército peruano mejoró notoriamente sus condiciones bélicas.

En Bolivia, el General Campero fue proclamado Presidente de la República por la Asamblea General. De inmediato, el nuevo Presidente proclamó su fidelidad a la Alianza, pero como los más influyentes dirigentes políticos del país no deseaban la continuación de la guerra, realmente fue muy poco lo que Bolivia hizo por materializar esa fidelidad.

En Chile, las políticas del presidente Pinto y del ministro Santa María se encaminaron a atraerse a Bolivia. Brasil manifestó su decisión de intervenir en el conflicto únicamente en el caso de que Argentina entrara a participar en él.

En el Gobierno existía una gran incertidumbre sobre si continuar o no la guerra, la que se acrecentaba ante la proximidad de la elección presidencial. Ya hemos visto las interferencias políticas que produjo este asunto en la conducción estratégica de la guerra.

3. Situación militar de los beligerantes

- De Bolivia. Continuó movilizandofuerzas, pero destinándolas a la protección del Altiplano ya que no se sabía con exactitud si Chile seguiría la guerra hacia el Perú o hacia Bolivia.

- De Perú. En los alrededores de Lima se reunió el Ejército de Lima, con un total aproximado de 20.000 hombres. Para organizarlo se recurrió al antiguo Ejército del norte – que fue trasladado al Callao en vapores ingleses – y al Ejército del sur, que recientemente había sufrido las derrotas de Tacna y Arica.

En Arequipa se mantuvo un Ejército de cerca de 13.000 hombres para impedir

una ofensiva terrestre chilena, y se comenzó la organización de un Ejército de reserva en la región central, que llegaría a tener 12.000 plazas.

Se trató de adquirir en Europa dos buques blindados, pero las negociaciones no se materializaron debido a la intervención de la diplomacia chilena, apoyada por la actitud favorable del Imperio alemán.

- De Chile. El mando militar estimó que sólo podría llevarse adelante una nueva campaña con un mínimo de 40.000 hombres; aproximadamente 25.000 para atacar la capital y el resto para mantener la ocupación de Tarapacá y Antofagasta y para continuar la protección de la frontera araucana.

Se cambió el sistema de movilización a fin de poder aumentar los efectivos, y el enrolamiento –que hasta esa fecha había sido voluntario– se hizo obligatorio. Así, en menos de tres meses, el Ejército aumentó en cerca de 20.000 hombres el total de sus efectivos.

Habiendo fracasado todas las gestiones de paz, y ante el torpedeamiento de un buque-hospital chileno (*Loa*), que indignó a la ciudadanía, el presidente Pinto decidió ordenar la nueva campaña hacia Lima.

4. Planes de campaña y objetivos estratégicos

Planificación chilena

Se determinó como objetivo estratégico la destrucción de las fuerzas peruanas de la región central del Perú y la ocupación de la capital. Este objetivo era el único que podría permitir el logro del objetivo políti-

co: imponer al Perú las condiciones de paz, en el sentido de ceder definitivamente a Chile los territorios ya conquistados.

La concepción general de la campaña, en síntesis, fue la siguiente:

- Emplear inicialmente una vanguardia para desembarcar en Pisco, para proteger la espalda, ocupar esa zona y avanzar con ella hacia el norte por tierra para proteger el desembarco del grueso del Ejército;

- Desembarcar el grueso del Ejército en Curayaco;

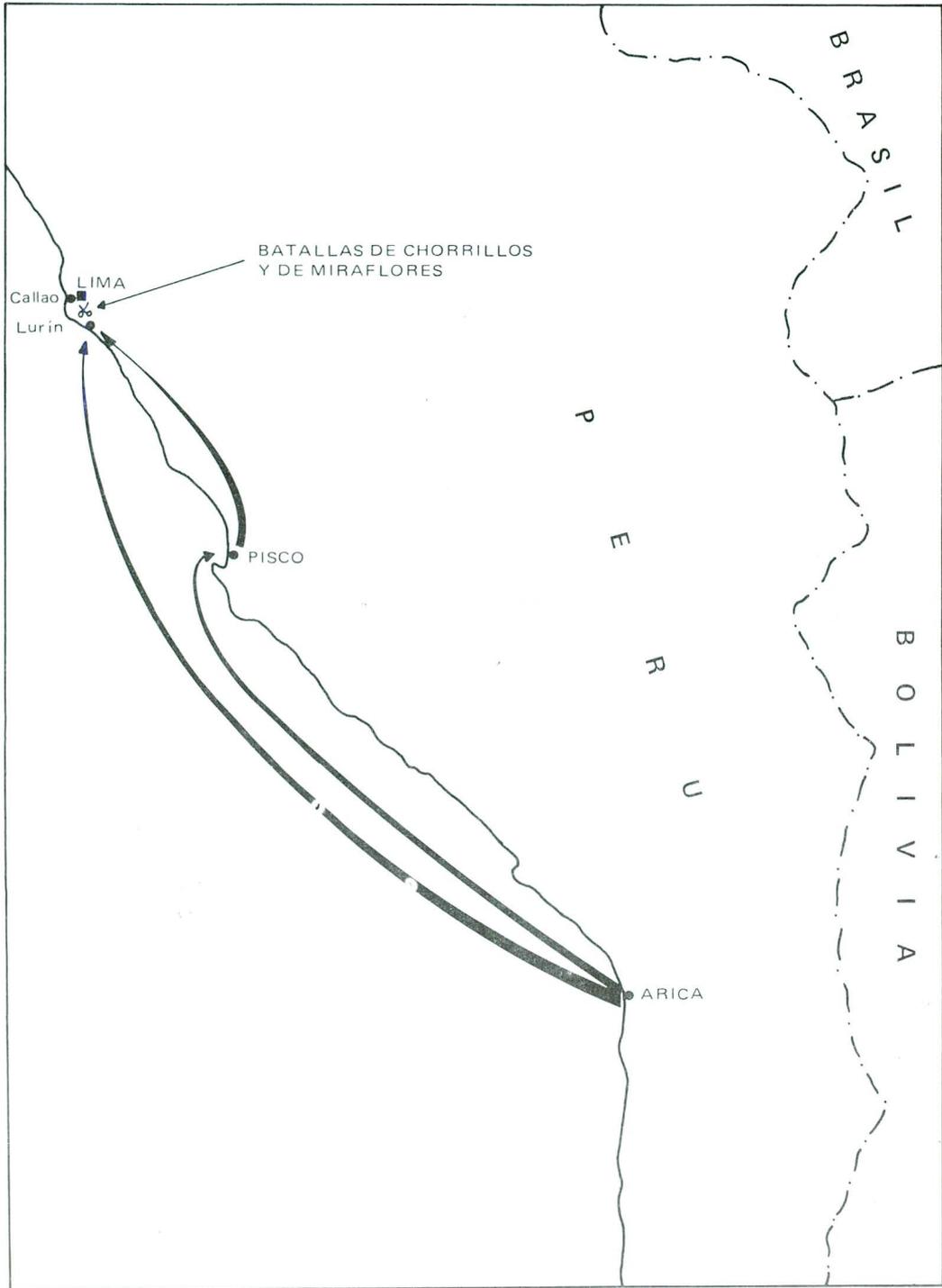
- Concentrar todas las fuerzas en Lurín y desde allí operar ofensivamente hacia el norte, con el fuego de apoyo de la Escuadra cuando fuera necesario;

- Conquista y ocupación de Lima.

Indudablemente, fue un plan sumamente arriesgado. Ante un Ejército enemigo activo, la situación de la vanguardia pudo haber sido demasiado peligrosa; esto se agravaría ante cualquier retardo en la llegada del grueso del Ejército al lugar de desembarco.

¿Se justificaba plenamente desembarcar esa vanguardia en Pisco? En principio, no, ya que se conocía exactamente la composición y ubicación de las fuerzas presentes en el Perú. Por otra parte, el contar con el dominio del mar era una seguridad suficiente.

En realidad, se produjo una dispersión de medios no justificados ni por un factor operativo ni uno de seguridad. Con ello se corría un riesgo demasiado grave: ser batido en detalle.



DESEMBARCO EN PISCO Y LURIN.
INICIACION CAMPAÑA DE LIMA

Planificación peruana

El objetivo estratégico no podría haber sido otro que impedir la progresión de las fuerzas chilenas hacia la capital. Este era un objeto cuyo logro sólo significaría una solución momentánea. Chile estaba en condiciones militares para continuar en forma progresiva su esfuerzo bélico; Perú jugaba ya sus últimas cartas.

En cuanto a la concepción general de la campaña, el Gobierno peruano desechó las posibilidades de que el Ejército chileno pudiera desembarcar directamente en El Callao o que lo hiciera al norte de este puerto y atacar Lima de norte a sur.

Esto lo llevó a disponer la organización de defensas al sur de la capital solamente y a iniciar los preparativos defensivos de Chorrillos y Miraflores.

Si bien es cierto que la actitud defensiva podía significar una solución, no lo es menos que con ella se entregaba totalmente la iniciativa.

Dadas las fuerzas que se habían logrado reunir gracias al tiempo que Chile retrasó la iniciación de la campaña, el mando peruano pudo estudiar una ofensiva destinada a oponerse al desembarco, o al menos a operar en contra de las fuerzas chilenas cuando éstas aún no hubieran alcanzado una organización en tierra.

Los movimientos iniciales

- De los chilenos. Aun cuando los movimientos iniciales permitieron concentrar todo el Ejército en Lurín, no puede desconocerse que se efectuaron con una notoria falta de coordinación, cuyos errores más importantes fueron:

- Dejar demasiado tiempo aislada en Pisco a la vanguardia;

- Falta de preparación de la marcha de esa vanguardia por tierra hacia Chilca;

- Prematura detención de la marcha; ella pudo finalmente ser continuada por una sola brigada, debiendo regresar la otra a Pisco para reembarcarse con el grueso de las fuerzas.

El relevo del General Villagrán –comandante de la vanguardia– por Lynch, dispuesto por el General Baquedano a raíz del incumplimiento de la orden de alcanzar Chilca antes de la llegada del grueso a Curayaco, fue justificado. Como comandante de la unidad que operaba independientemente, debió actuar con mayor iniciativa y prever las contingencias que se le podrían presentar.

- De los peruanos. En realidad, fuera de preparar las posiciones defensivas de Chorrillos y Miraflores, las tropas peruanas actuaron pasivamente sin tratar de oponerse a los movimientos iniciales chilenos. Se perdió así la oportunidad de haber buscado una solución; primero, cuando la vanguardia chilena se encontraba aislada en Pisco y, segundo, cuando el Ejército enemigo recién desembarcaba en Curayaco.

5. La Batalla de Chorrillos

El aspecto más importante de analizar es el plan de ataque chileno. En su elaboración nuevamente se presentó la disyuntiva de actuar frontalmente o de buscar un envolvimiento del enemigo por el flanco este.

El ministro Vergara, en busca siempre de los grandes y espectaculares movimientos, se mostró partidario de envolver la posición peruana por el flanco este. Con esto, según su opinión, se podía llegar directamente a Lima y ocupar la ciudad "sin disparar un tiro". Los soldados peruanos, al saber la caída de la capital, abandonarían sus posiciones defensivas y se desbandarían.

Sin embargo, de haberse operado como opinaba el ministro, pudo suceder:

— Una reacción ofensiva del ala este peruana sobre el flanco del envolvimiento chileno, con lo cual éste podría quedar cortado;

— Una retirada de todo el frente de Chorrillos hacia Miraflores, con miras a la reunión de las fuerzas peruanas;

— Que no se lograra el objetivo estratégico de destruir la fuerza enemiga antes de conquistar la capital;

— Sin haber sido destruidas en su mayor parte las tropas enemigas, la campaña de la Sierra habría sido muchísimo más dura de lo que fue y la ocupación de Lima habría estado constantemente amenazada.

Aun cuando difícil por su longitud y por las condiciones del terreno, el camino que seguiría el envolvimiento era factible, como también lo era el plan del ministro Vergara. Sin embargo, los inconvenientes que se presentaban, fundamentalmente, eran los siguientes:

— Un envolvimiento requiere una exacta coordinación de movimientos, y esa coordinación requeriría de muy buenos enlaces —de los que carecían las fuer-

zas chilenas— que además dificultaban las grandes extensiones;

— Lentitud del movimiento envolvente por las condiciones del terreno, especialmente por la artillería que debería acompañarlo;

— Exposición del flanco interior del movimiento, al frente enemigo;

— Se eludiría una decisión sobre el Ejército enemigo, que podría operar posteriormente en mejores condiciones.

El General Baquedano, aun cuando escuchó la opinión del ministro Vergara, mantuvo su propia resolución de atacar frontalmente, lo que —a nuestro juicio— se justificaba por lo siguiente:

— Un frente enemigo muy sobreextendido; 16 kilómetros, ocupados por aproximadamente 20.000 hombres.

— Por cuanto se ajustaba perfectamente al carácter y personalidad del Comandante en Jefe y a las características de las tropas. De esta manera, el General Baquedano "supo dirigir la batalla de una manera que merece amplios elogios";

— Por la escasa profundidad del dispositivo peruano, lo que hacía factible su rompimiento.

Sin embargo, si bien es cierto que el ataque frontal tenía una sólida justificación, requería buscar un lugar de rompimiento para lanzar allí un fuerte centro de gravedad. Y el error del plan Baquedano fue precisamente éste, es decir, atacar al enemigo en todo el frente por igual, diluyendo su potencialidad en lugar de materializar claramente un centro de gravedad —posiblemente por Santa Teresa— para cortar el dispositivo enemigo.

Otra de las razones que podría considerarse apropiada para un ataque frontal era que el apoyo de fuego de la Escuadra podría facilitar en mucho el ataque. Desgraciadamente, este apoyo no se materializó.

Respecto de la cooperación de la Escuadra en la jornada de Chorrillos, cabe advertir que el reconocimiento hecho personalmente el 15 de enero por el Comandante en Jefe de la Escuadra le había convencido de que el "ala derecha" sur-oeste enemiga podía ser arrasada por los fuegos de la Escuadra.

De acuerdo con el citado reconocimiento, el Almirante Riveros se ubicó frente al Morro Solar en la noche del 12 al 13, con el *Blanco*, *Cochrane*, *O'Higgins* y la *Pilcomayo*, pronto a abrir el fuego apenas despuntara el día y se le hiciera desde tierra la señal convenida. Dicha señal, sin embargo, no llegó. Se vio, en cambio, a las tropas de Lynch avanzando en la pendiente del Morro que da al mar, y ya tan próximas a las baterías peruanas que los buques no podían abrir el fuego contra éstas sin correr el riesgo de herir a sus propias tropas. El Almirante se limitó a enviar unas cuantas lanchas a vapor para ayudar con fuego de ametralladoras la lucha de la infantería en ese sector.



MANUEL BAQUEDANO GONZALEZ
GENERAL EN JEFE DEL EJERCITO DE OPERACIONES DEL NORTE

El Coronel Eckdahl critica la actitud pasiva del Almirante. Aun cuando no fuera él culpable de la paralización de su acción contra el Morro Solar –dice– se pudiera haber actuado con iniciativa en la ciudad de Chorrillos. Desde las 9 de la mañana logró observar el Almirante cómo las fuerzas del adversario se iban reuniendo allí hasta alcanzar una cantidad respetable. La Escuadra debió haber bombardeado también el extremo derecho (suroeste) de la posición de Miraflores.

Consecuencias de la batalla

- En lo táctico. El Ejército de línea peruano quedó prácticamente aniquilado. De sus mejores tropas –las de Iglesias y Suárez– no quedaron sino restos completamente desorganizados y las otras unidades quedaron en un total estado de abatimiento.

- En lo estratégico. La batalla significó la decisión de la campaña.

6. La Batalla de Miraflores

La realidad, en lo militar, es que esta batalla no debió haberse realizado el día 15 de enero, sino el día 14, es decir, inmediatamente después de la de Chorrillos.

Al respecto, algunos escritores militares piensan que la demora de un día se puede justificar ante el hecho de que habiendo sido la de Chorrillos una batalla casi decisiva, era conveniente –después de ésta– dejar actuar a la diplomacia para lograr un acuerdo para el término de la guerra.

Sin embargo, no podía considerarse que en Chorrillos hubiera terminado la resistencia peruana; por distancia, por tiempo y por acción de conjunto, la posición de Miraflores constituía una parte del dispositivo total de la defensa peruana; luego, la acción de Chorrillos no debería haberse considerado terminada hasta no haber roto el frente de Miraflores.

Inicialmente, el plan de ataque chileno consideraba una acción frontal que caía en el mismo error de repartir las fuerzas en todo el frente y sin materializar un fuerte centro de gravedad, que se había cometido en Chorrillos. Posteriormente, el mismo día 15, este error se subsanó en la iniciación de la batalla. Así se pudo materializar un centro de gravedad con la División Lagos, la Reserva General y la Brigada Gana (13.000 hombres) sobre un frente de 1.200 metros ocupado por aproximadamente 4.000 peruanos.

Esta disposición fue la que decidió la victoria chilena con tanta rapidez, una vez que se vencieron las dificultades de la primera fase del combate sobre esta parte del frente.

En el desarrollo mismo de la batalla, la actuación del General Baquedano fue extraordinariamente activa y hábil, y ello le permitió aprovechar en su beneficio todas las circunstancias favorables que se le fueron presentando.

La conducción peruana fue débil y el Comandante en Jefe abandonó prematuramente el campo de batalla, con lo cual la suerte de la acción quedó entregada a los mandos divisionales.

Consecuencias de la batalla

En lo táctico, el Ejército peruano dejó de existir. Se apreciaron 12.000 bajas peruanas y 2.100 chilenas.

7. Consecuencias de la campaña de Lima

— Aniquilamiento del Ejército y Armada peruanos y desaparición del Gobierno de la República;

— Ocupación de la capital, objetivo fijado para la campaña. Las bajas chilenas ascendieron a 5.343 hombres, equivalentes al 25% del Ejército expedicionario;

— Por ausencia total del Gobierno fue resuelta la ocupación militar del país vencido, hasta el momento que se constituyeran los gobernantes dispuestos a pactar la paz;

— Nacimiento de las guerrillas en las sierras, cuya eliminación final se conseguiría sólo después de dos años y medio de acción guerrera.

E. CAMPAÑA DE LA SIERRA

1. Situación político-estratégica

A raíz del desastre de Miraflores, el dictador De Piérola huyó a la Sierra y habilitó allí las oficinas de Gobierno; nombró General de Brigada al Coronel Cáceres, por su destacado comportamiento en Chorriillos y Miraflores. Este Gobierno fue reconocido por la Asamblea Nacional reunida en Ayacucho el 28 de julio.

El Gobierno chileno, para llegar a un acuerdo de paz propició la elección de un

Gobierno peruano representativo. El 22 de febrero de 1881 la Junta de Notables de Lima eligió Presidente del Perú a don Francisco García Calderón, quien no fue reconocido por De Piérola, asumiendo en Ayacucho, como ha sido descrito.

Existían, pues, dos jefes supremos del Estado. Las autoridades chilenas iniciaron gestiones de paz ante el Gobierno de García Calderón; todas ellas fracasaron debido al interés de éste por dilatar al máximo cualquier solución que pudiera perjudicar a su país. Además, estas gestiones sufrieron la intervención manifiesta de Estados Unidos y de Francia, por razones económicas.

De Piérola, desconocida su autoridad en gran parte del país, abandonó sus funciones de Presidente de la República con fecha 28 de noviembre de 1881 y se embarcó hacia el extranjero, en El Callao.

El Ejército chileno de ocupación se encontraba distribuido en Lima y principalmente en El Callao. Una división al mando del Coronel Martínez ocupó la zona norte del país, con guarnición en Lambayeque, Pascamayo y Chiclayo.

El General Baquedano recibió orden de regresar a Chile con algunas unidades, ya que se estimó innecesario mantener en el Perú un Ejército de ocupación demasiado numeroso.

El mando del Ejército de ocupación recayó inicialmente en el General Saavedra, posteriormente en el Coronel Pedro Lagos y por último, a partir de mayo de 1881, en el Contraalmirante Lynch.

Mientras tanto, varios jefes militares peruanos organizaron guerrillas en la región de la Sierra, las cuales incursionaban

hacia la costa atacando instalaciones chilenas. Poco a poco esas fuerzas irregulares iban adquiriendo mayor poderío. A mediados del año 1881 pasaron a constituir un peligro evidente, especialmente en la zona este de Lima.

Además, en Arequipa se mantenía un Ejército peruano de cierta potencialidad, al mando del Almirante Montero. Este, en su calidad de vicepresidente del Perú (cargo que le fue conferido por De Piérola), incrementaba sus fuerzas y trataba de convencer al General Campos, presidente de Bolivia, de continuar la guerra en el sur del Perú.

2. Gestión militar y administrativa de Lynch

Al referirnos a la Guerra del Pacífico no podemos pasar por alto la figura del Almirante Patricio Lynch, aun cuando ello nos obligue a caer en el relato histórico. Habiendo sido Lynch un extraordinario Almirante, General, gobernante y diplomático, creemos que tiene perfecta cabida en este análisis político-estratégico de la Guerra del Pacífico.

En calidad de General en Jefe del Ejército de ocupación, cargo para el que fue nombrado por decreto supremo del 4 de mayo de 1881, Lynch gobernó al Perú durante tres años y dos meses, con tan notable acierto que consiguió mantener la tranquilidad en todo ese inmenso territorio.

He aquí algunas opiniones sobre su personalidad:

“El tiempo que duró su mando iba a levantar su personalidad a una altura que forma agudo contraste con el desdén de

que había sido objeto desde que dejó la Marina inglesa, hasta su designación de Jefe Político de Tarapacá. El mejor virrey del Perú, le apodó el juicio sereno de los extranjeros y los propios peruanos le hicieron justicia al acierto de su Gobierno”.

La actividad, la firmeza, la habilidad diplomática y sobre todo su terrible e implacable energía para con el enemigo, valió con justicia a Lynch el título de Príncipe Rojo de la Guerra del Pacífico, con que también se le apodara.

La labor de Lynch se resume: en la hábil creación del sistema de rentas; en la admirable disciplina y obediencia a los poderes constitucionales que restableció en el Ejército y en la Armada; en su tacto y firmeza frente de las intrigas de la diplomacia; en la simplicidad, eficacia y economía de la administración que implantó en el territorio gobernado, y en la forma como hizo soportable al Perú la ocupación chilena.

Si se nos pidiera clasificar el tipo de gobernante que fue Lynch durante su administración en el Perú, no nos cabría ninguna duda en decir que en la dirección de la política de guerra, durante el período en que hubo de continuarse ésta para sofocar las guerrillas peruanas, fue un dictador político-militar. Aunque este tipo de gobernante es sumamente difícil de encontrar en la historia, Lynch se hace acreedor a él por su inteligencia vastísima, que abarca de un golpe de vista la multitud de formas de la lucha; su intuición penetrante, que le permite adivinar la orientación de cada problema y situación, y su imaginación viva y ardiente para combinar su posible desenvolvimiento.





PATRICIO LYNCH. (Foto Colección Negativos, Museo Histórico)

Una vez lograda la victoria, se nos presenta como un verdadero estadista que trata de obtener, valiéndose primordialmente de la diplomacia y apoyado por la estrategia triunfante, los fines que hicieron a la política llegar hasta la guerra.

3. Expediciones a la Sierra

Al ser derrotadas las fuerzas regulares peruanas y ocuparse la capital del

país, no se logró destruir el espíritu de lucha de un grupo de jefes militares que desconocieron las gestiones de paz aceptadas por el nuevo Gobierno peruano.

Junto a ellos pudieron reunir numerosos oficiales, suboficiales y aun civiles, que no deseaban ceder ante el conquistador o trataron de continuar la defensa de su patria.

Con el objeto de desgastar a las fuerzas chilenas de ocupación se realizaron

acciones de guerrillas en el interior montañoso de la Sierra, entre abril de 1881 a mayo de 1883. Sin embargo, el buen éxito que estas acciones pudieron haber obtenido se vio afectado por las diferencias políticas que separaban a los caudillos guerrilleros, y a éstos con los dirigentes políticos. Tales circunstancias determinaron la carencia de un objetivo político a lograr y, consecuente con ello, la de objetivos estratégicos que pudieran materializarse.

El objetivo político que buscó Chile con el conjunto de expediciones a la Sierra, fue el de crear las condiciones necesarias, especialmente de política interna en Perú, para dar término al conflicto bélico.

Ya lograda la derrota del Ejército regular del Perú y, aun más, ocupada su capital y sus ciudades más importantes, el problema de la terminación del conflicto debió quedar totalmente en poder de la diplomacia chilena. Sin embargo, dos factores fundamentales impidieron este tipo de acción; el primero, la caótica situación política interna del país, que impedía formar un gobierno estable con el cual firmar la paz; el segundo, los problemas políticos preelectorales en Chile, que prácticamente hicieron debilitar notoriamente el potencial militar de ocupación, con lo cual se dio margen y tiempo para la formación de fuerzas guerrilleras peruanas.

El mando militar de ocupación, por carecer de fuerzas suficientes para cubrir el territorio enemigo ocupado, a la vez que combatir efectivamente a las guerrillas, se vio obligado a realizar sólo expediciones locales y poco potentes, con lo que se permitió que los guerrilleros peruanos pudieran, por dos años, eludir el aniquilamiento.

Una sola expedición realizada el año 1881, que hubiera abarcado toda la parte central del Perú, contando con fuerzas suficientes, habría sido la única forma de haber logrado el objetivo estratégico de aniquilamiento del total de las guerrillas enemigas.

La Expedición Letelier, efectuada entre abril a junio de 1881, tuvo como objetivo la destrucción de las fuerzas guerrilleras del departamento de Junín.

Si bien es cierto que logró dispersar las guerrillas enemigas y alejarlas momentáneamente del departamento, no lo es menos que no las pudo destruir, con lo cual no se cumplió con el objetivo perseguido inicialmente.

Desde el punto de vista político la expedición fue un fracaso, pues debido a la falta de escrupulosidad del Coronel Letelier se produjo un desprestigio para las fuerzas de ocupación.

El principal hecho bélico de la expedición fue el combate de Sangra, acción heroica que bien pudo parangonarse con aquella de La Concepción; en ella se obtuvo la victoria pese a una notoria inferioridad numérica. Tácticamente, la posición que adoptó el Capitán Araneda y la dispersión que hizo de sus tropas son criticables, pero cualquier tipo de crítica negativa debe suprimirse ante el heroísmo.

La segunda expedición, llevada a cabo entre enero a julio de 1882, tuvo como objetivo la destrucción de las guerrillas de Cáceres, en el mismo departamento de Junín, a la vez que materializar con tropas la ocupación de este departamento.

Tampoco tuvo el buen éxito que de ella se esperaba dado el potencial con que

se realizó. Se alcanzaron algunas victorias menores y se realizó uno de los hechos más heroicos de toda la guerra, el combate de La Concepción, pero ellos no permitieron afectar seriamente a las fuerzas montoneras.

Debido a las inclemencias climáticas y a las muy escasas condiciones de salubridad, las bajas chilenas fueron de gran consideración.

La tercera expedición, realizada en abril y mayo de 1883, fue también dirigida en contra de las guerrillas de Cáceres y resultó un fracaso total. El jefe peruano eludió hábilmente una persecución en la cual las tropas chilenas sufrieron un desgaste considerable, de aproximadamente 600 bajas (20%).

Como las anteriores, este fracaso se debió fundamentalmente a los siguientes factores:

— Habilidad del comandante peruano para eludir un decisión;

— Pésimas condiciones de vialidad y desconocimiento de ella de parte de los mandos chilenos;

— Falta de aclimatación de las tropas para actuar en una región de muy difíciles condiciones climáticas y de vida;

— Planificación chilena muy teórica.

La Expedición Gorostiaga, cumplida en junio y julio de 1883, fue la única que pudo obtener buen éxito, ya que durante ella el Coronel Cáceres trató de buscar una decisión dejando los procedimientos de guerrilla que había empleado anteriormente. Ello significó el enfrentamiento de fuerzas regulares chilenas con las irregu-

lares peruanas, con el completo triunfo de las primeras.

Ante esta derrota, Cáceres perdió todo su poder militar y con ello la posibilidad de continuar sus acciones de hostigamiento. Por tal circunstancia, aunque realizada con pocos medios, la batalla de Huamachuco se considera como la decisiva en esta campaña de las sierras. Después de ella, quedan totalmente pacificadas las regiones norte y central del Perú.

4. Combate de La Concepción

El combate de La Concepción se llevó a efecto durante la segunda expedición a la Sierra, el 9 y 10 de julio de 1882.

El Almirante Lynch asumió personalmente el mando de la expedición y dividió sus fuerzas en dos columnas:

— La primera, al mando del General Gana, debía atacar Chosica;

— La segunda, bajo su mando, efectuaría un envolvimiento por Canta para atacar a las fuerzas peruanas por la espalda.

La primera parte de esta expedición dio los siguientes resultados:

— Cáceres alcanzó a abandonar Chosica y logró alcanzar Tarma;

— El Ejército chileno logró reunirse en Casapalca;

— Lynch hubo de regresar a Lima y entregó el mando a Gana;

— El Ejército se reorganizó en Casapalca y logró llegar a Tarma; Cáceres se había retirado hacia el sur.

Se continuó la marcha y se alcanzó hasta Jauja, sin haberse podido dar alcance a las fuerzas peruanas.

La segunda parte de la expedición dio los siguientes resultados:

— El General Gana fue llamado a Lima y entregó el mando al Coronel Estanislao del Canto;

— Del Canto avanzó hacia el sur y logró detener la retirada peruana en Pucará, mediante ataque de las dos columnas;

— Las condiciones del terreno impidieron un aniquilamiento total y Cáceres pudo continuar su retirada;

— Del Canto resolvió no continuar su avance y consolidar la ocupación, para lo cual estableció su Cuartel General en Huancayo.

Posteriormente, entre febrero y junio, el Coronel Cáceres se reorganizó y el Coronel del Canto recibió la orden de retirarse hacia Lima. Se tomaron todas las precauciones para mantener el secreto de la retirada chilena, pero las precauciones fueron pocas y Cáceres tuvo conocimiento de los planes chilenos, por lo que pasó a la ofensiva desarrollando las siguientes actividades:

— Atacó la compañía destacada en Marcavaye y ordenó al Coronel Gastó que entorpeciera la retirada al norte de Huancayo.

— El ataque de Cáceres a Marcavaye retrasó la partida del grueso de las fuerzas

chilenas hacia el norte, permitiendo a Gastó atacar la compañía de seguridad que se había dejado en La Concepción.

Esta compañía, compuesta por 77 hombres y al mando del Capitán Ignacio Carrera Pinto, resistió durante aproximadamente veinte horas el ataque peruano de dos batallones de infantería con aproximadamente 700 hombres.

En cuanto se logró contener el ataque peruano en Marcavaye, el Coronel Del Canto inició la marcha hacia La Concepción; al llegar al pueblo sólo encontró los cadáveres de los 77 mártires; tanto las fuerzas enemigas como los pobladores habían abandonado el lugar. Este combate no tuvo trascendencia estratégica; sólo produjo un impacto moral en el Ejército al comprobar el heroísmo de los soldados chilenos.

5. Batalla de Huamachuco

Esta batalla se efectuó durante la expedición Gorostiaga, el 10 de julio de 1883.

A comienzos de julio de 1883, el Coronel Gorostiaga recibió informes más concretos sobre los desplazamientos del Coronel Cáceres y sobre las fuerzas y organización de sus medios.

Huamachuco era un punto geográfico importante ya que dominaba las comunicaciones hacia el norte y hacia la costa; Gorostiaga resolvió ocuparlo con dos columnas; una que saldría de Cajamarca bajo su mando directo y la otra que marcharía desde Trujillo al mando del Coronel González.

El 8 de julio se reunieron ambas columnas en Huamachuco y se tuvo conocimiento del avance de fuerzas peruanas desde el sur. El comandante chileno resolvió ocupar una posición defensiva, hasta determinar exactamente las fuerzas enemigas y principalmente su composición.

Las fuerzas chilenas ocuparon posiciones en el cerro Sazón, inmediatamente al norte de Huamachuco. Las tropas peruanas ocuparon el pueblo y el cerro Cuyurca.

La batalla se desarrolló en el llano de Purrubamba y en ella el Ejército de Cáceres sufrió una derrota considerable, pues en el plano táctico perdió toda su artillería, gran parte de su armamento y tuvo un 40% de bajas. El Ejército chileno tuvo como pérdidas el 10% de sus efectivos.

En el plano estratégico, Huamachuco tuvo importancia decisiva por cuanto afianzó las conversaciones de paz y quedaron totalmente pacificadas las regiones norte y central del Perú, permitiendo al General Iglesias consolidar su poder en aquellas regiones del Perú.

6. Expedición de Arequipa

Después de la derrota de Cáceres en Huamachuco, el General Iglesias consolidó su poder en las regiones norte y central del Perú. Fue reconocido como jefe del Gobierno por sus compatriotas y se le dio facultades para poner término a las negociaciones de paz.

Sin embargo, en el sur del Perú el Almirante Montero no reconoció el Gobierno de Iglesias y continuó organizando un Ejército con la intención de mantener el territorio a toda costa y con la cooperación

boliviana buscar una acción contra las fuerzas chilenas de ocupación.

El objetivo de la expedición fue, aprovechando el efecto psicológico del momento, derrotar las fuerzas del Almirante Montero a fin de terminar con el último foco de posible resistencia peruana. Las fuerzas de Montero habían llegado a constituir un peligro, con sus 2.000 hombres de línea y cerca de 5.000 guardias nacionales.

El mando de la expedición fue entregado al Coronel José M. Velásquez, con la misión de destruir las fuerzas peruanas de la región sur del Perú.

La concepción del Coronel Velásquez fue la de trasladar desde El Callao a Pacocha una división, para quedar en condiciones de marchar sobre Moquegua desde dos direcciones: Pacocha y Tacna. Desde Moquegua, con las dos divisiones, atacar directamente a Montero de sur a norte.

El 1º de octubre se efectuó en Moquegua la reunión de todas las fuerzas, que se mantuvieron concentradas hasta el día 15.

Mientras tanto, el Almirante Montero había organizado dos fuertes líneas defensivas, una en Huarachi y otra en Puquina. Las fuerzas chilenas atacaron el 22 de octubre, logrando conquistar Huarachi. De inmediato, el Coronel Velásquez ordenó continuar el ataque sobre Puquina, combate que efectuado el día 25 terminó con toda resistencia peruana. Montero huyó a Bolivia.

Arequipa fue ocupada el día 26 y Puno el 2 de noviembre.

7. Término de la Guerra del Pacífico

El 20 de octubre de 1883, cuando aún se estaba desarrollando la campaña de Arequipa, se firmó entre los representantes de Chile y Perú el Tratado de Ancón, por el cual se daba término a la guerra entre ambos países. El tratado constaba de 14 artículos.

El artículo 2º manifestaba: "La República del Perú cede a la República de Chile, perpetua e incondicionalmente, el territorio de la provincia litoral de Tarapacá, cuyos límites son: por el norte, la quebrada y río Camarones; por el sur, la quebrada y el río Loa; por el oriente, la República de Bolivia, y por el poniente, el mar Pacífico".

El artículo 3º decía: "El territorio de la provincia de Tacna y Arica... continuará poseído por Chile y sujeto a la legislación y autoridades chilenas, durante el término de diez años, contados desde que se ratifique el presente Tratado de Paz. Expirado este plazo un plebiscito decidirá, en votación popular, si el territorio de las provincias referidas queda definitivamente del dominio y soberanía de Chile o si continúa siendo parte del territorio peruano. Aquel de los dos países a cuyo favor queden anexadas las provincias de Tacna y Arica, pagará al otro diez millones de pesos en moneda chilena de plata o soles peruanos de igual ley y peso que aquella".

A fin de derribar al General Iglesias, Cáceres necesitaba que los chilenos abandonaran el país y para ello era preciso el reconocimiento del tratado.

Reconocido el Tratado de Ancón por Cáceres, el Gobierno dispuso el regreso a la patria de las últimas unidades que aún quedaban en el Perú.

El General en Jefe del Ejército de ocupación, Almirante Patricio Lynch, se embarcó en El Callao el 4 de agosto de 1884 y llegó a Valparaíso a bordo de la *Abtao* el 30 del mismo mes.

Ante la ocupación total del Perú y el establecimiento de la paz, el Gobierno boliviano temió una invasión chilena, por lo cual envió una delegación a Santiago para también dar término al conflicto. Los plenipotenciarios designados viajaron convencidos de que el presidente Santa María les entregaría Tacna y Arica a cambio de Antofagasta, de acuerdo con una sugerencia de la diplomacia peruana en La Paz. El ministro Aldunate les advirtió que sólo Chile tenía opción a estos territorios, en su calidad de vencedor, y que entrarían en tratos de cesión después que llegaran a ser efectivamente suyos.

Poco después, a raíz de la salida de Campero del poder, fue suscrito un Pacto de Tregua en el cual el artículo I expresaba: "Las Repúblicas de Chile y Bolivia celebran una tregua indefinida y, en consecuencia, declaran terminado el estado de guerra, al cual no podrá volverse sin que una de las partes contratantes notifique a la otra, con anticipación de un año por lo menos, su voluntad de renovar las hostilidades...".

El artículo II decía: "La República de Chile, durante la vigencia de esta tregua, continuará gobernando, con sujeción al régimen político y administrativo que establece la ley chilena, los territorios comprendidos desde el paralelo 23 hasta la desembocadura del río Loa en el Pacífico, teniendo dichos territorios por límite oriental...".

El artículo V disponía: "Se restablecen las relaciones comerciales entre Chile y Bolivia".

En resumen, las disposiciones esenciales de este documento eran:

a. La aplicación del régimen legal chileno al litoral durante la vigencia de la tregua;

b. La mutua liberación de derechos para los artículos naturales o elaborados de uno y otro país;

c. Especiales franquicias para el Gobierno boliviano en Antofagasta y Arica;

d. Bolivia devolvería las provincias confiscadas a chilenos y los productos percibidos durante el secuestro.

IV. CONCLUSIONES

1. Relaciones entre política y estrategia

- Las actitudes enérgicas y decididas de la política pueden frenar los planes estratégicos más ambiciosos. El ministro chileno Prats puso en pie de guerra al país contra Argentina y de esta actitud nació el deseo de este país de llegar a un acuerdo por la vía diplomática, que culminó con el Pacto Fierro-Sarratea.

- La opaca personalidad de un gobernante puede acarrear desastrosas consecuencias en la estrategia.

El presidente Pinto carecía de los rasgos que dan relieve a un mandatario: 1) Falta de sagacidad en las negociaciones

diplomáticas que precedieron a la guerra; 2) su empeñamiento en evitar un conflicto inevitable y 3) su empeño en alcanzar la paz sin haber aniquilado al enemigo.

Gracias al clamor de la opinión pública (interferencias) se tomaron las determinaciones más adecuadas.

- Intromisión de civiles en la estrategia. El horizonte de la estrategia es la victoria, y el de la política la paz que ha de venir. El estratega y el político deben desenvolverse en el campo que les corresponde. La intromisión de civiles en la estrategia trajo por consecuencia las desavenencias entre Arteaga, Escala, Williams y Baquedano con Sotomayor o Vergara, que en algunas oportunidades afectaron grandemente al campo estratégico.

2. Política internacional

Rol de la diplomacia antes, durante y después de la guerra. (Política de Guerra).

Mediante la diplomacia Chile consigue que Perú no adquiera blindados en Europa para recuperar su poder naval; mediante ella Argentina desiste de enfrentar a Chile por el temor de una agresión brasileña, neutral benevolente de Chile.

Mediante la acción diplomática Perú puede desplazar sus transportes con elementos bélicos frente a las costas de Colombia y Ecuador, neutrales benevolentes del Perú.

Mediante la acción diplomática Alemania no permite la intervención de Inglaterra y Francia en las negociaciones de paz, países que tenían intereses económicos en el Perú.

3. Dirección suprema de la guerra

Hemos visto, a través de esta exposición, cómo Pinto – Director Supremo de la Guerra que delegaba su autoridad en un ministro de la Guerra en campaña – conciliaba opiniones para satisfacer a todos. No existía una organización ni política ni militar capacitada para dirigir o para asesorar al Director Supremo de la Guerra en la conducción de ésta.

4. Importancia del dominio del mar

Después de la conquista de Antofagasta se inicia el traslado del Ejército hacia esa provincia, para desde ella conducirlo más tarde hacia los objetivos estratégicos. Este Ejército no tenía ninguna posibilidad de trasladarse hacia el norte mientras la Escuadra peruana tuviera preponderancia en las aguas del Pacífico.

La campaña marítima salvó esta circunstancia, permitiendo:

— Destruir las fuerzas navales peruanas;

— Aislar las fuerzas peruanas en Tarapacá.

— El traslado del Ejército chileno hacia Tarapacá y luego hacia Ilo, Pisco y Curayaco.

Logrado el primero de esos objetivos, los otros dos pudieron ser alcanzados fácilmente.

Sin el dominio del mar el Ejército no puede obtener la movilidad estratégica y la libertad de acción necesarias para atacar al enemigo dónde, cuándo y cómo lo estime conveniente.

“El poder de nuestra Escuadra tendrá siempre una influencia directa en el éxito de las operaciones militares”. Y esto se obtiene mediante una íntima correlación marítimo-continental.

BIBLIOGRAFIA

- Bulnes Pinto, Gonzalo, *Guerra del Pacífico*, Impr. y Lit. Universo, Valparaíso, 1911-1919.
- Encina, Francisco A., *Las relaciones entre Chile y Bolivia (1841-1963)*, Edit. Nascimento, Santiago, 1963. Id., *Historia de Chile*, Edit. Nascimento, Santiago, 1940-52, t. XVI-XVII.
- Estado Mayor General del Ejército, *Historia Militar de Chile*, t. II.
- Eyzaguirre, Jaime, *Chile y Bolivia, esquema de un proceso diplomático*, Edit. Zig-Zag, Santiago, 1963.
- García Castelblanco, Alejandro, *Estudio crítico de las operaciones navales de Chile*, Impr. de la Armada, Santiago, 1929.

- Langlois, Luis, *Influencia del poder naval en la historia de Chile. Desde 1810 a 1910*, Impr. de la Armada, Valparaíso, 1911.
- Larenas Quijada, Victor, *Patricio Lynch, Almirante, General, Gobernante y Diplomático*, Edit. Universitaria, Santiago, 1981.
- López Urrutia, Carlos, *Historia de la Marina de Chile*, Edit. Andrés Bello, Santiago, 1969.
- Toro Dávila, Agustín, *Síntesis histórico-militar de Chile*, Edit. Universitaria, Santiago, 1977, 2a. ed.
- Uribe Orrego, Luis, *Los combates navales en la Guerra del Pacífico, 1879-1881*, Impr. de la Patria, Valparaíso, 1886.
- Williams Rebolledo, Juan, *Operaciones de la escuadra chilena mientras estuvo a las órdenes del Contraalmirante Williams Rebolledo*.

